

EL BOSQUE

BELÉN ESCUDERO CANOSA

Alba se despertó en su fría habitación del hospital al oír que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo esperando ver a sus papás.

Pero no fueron ellos los que entraron, en su lugar traspasaron el umbral un fauno y una ninfa. Alba los miraba fascinada.

—Alba, la oscuridad se está apoderando de nuestro bosque y solo tú puedes impedirlo —dijo el fauno.

—¿Yo?, ¿cómo? Si solo soy una niña.

—Cada minuto que pasa la oscuridad se afianza más. ¡Rápido!, no hay tiempo que perder. —La ninfa la cogió de la mano.

—No puedo salir de aquí.

—¿Qué te lo impide? Solo tú puede salvarnos.

—Alba, te necesitamos. La luz que transportas la albergan muy pocos seres. Ayúdanos.

Alba miró a aquellos dos seres que parecían suplicarle con la mirada. Ella, la débil, la enferma, podía salvar a unos seres fantásticos con su sola presencia.

—Vale, iré —dijo—, pero un poco más tarde. Ahora, tengo sueño —reveló y se recostó en la cama.

El fauno y la ninfa cruzaron sus miradas, tenían los ojos llorosos. No estaba resultando fácil para ellos, pero procurarían a su hija unos cuantos momentos felices en sus últimas horas